—Esta es la rama de sándalo que tu cortaste para mí á la luz de la luna, Margarita, la noche de tu casamiento, y al verte marchar con otro, la arrojé con rabia; pero antes de la aurora, habia vuelto ya á recogerla; nunca, mientras haya en mi corazon un poco de cariño para tí, se separará de mi pecho! voy á ser soldado: si te olvido, te la devolveré en una carta: si no puedo olvidarte, cuando dentro de seis años vuelva yo, te querré lo mismo que hoy, y aún podrás, si quieres, casarte conmigo.

—¡Oh, qué bueno eres, y qué generoso! exclamó Margarita tomando la mano de Miguel y besándola. Este se extremeció, como si hubiera tocado un hierro candente: llevó á sus lábios la mano que habia besado Margarita, en la cual habia dejado esta caer una lágrima, y salió presuroso y seguido de su padre.

XVIII

Las promesas.

La aurora reia en el cielo á la mañana siguiente, cuando Miguel llegaba á la alquería de los álamos.

Marianillo aparejaba á la puerta una borrica jóven y robusta, y metia en uno de los lados del esporton un trozo de carne de vaca asada y un hermoso pan moreno.

—Si no andas lista, vas á llevar unos palos de miflor, *cari-ancha,* decia el muchacho sujetando con cuidado sus provisiones.

—¿Por qué le has de pegar? preguntó á su espalda Miguel.

—¡Toma! ¡porque es más remolona!...

—No hay tal, repuso Miguel con severidad; y solo tú, que eres un mentiroso, podrias hablar mal de la pobre borrica: castigar á los animales solo por castigarlos, demuestra mal corazon, y nunca los maltrata una persona valiente y honrada.

—¡Bah! ¡para eso son animales, para llevar palos!

—Dios no los ha puesto en el mundo solo para eso, sino para que nos sirvamos de ellos cuidándolos; es menester compadecerlos, porque pasan su vida trabajando en provecho nuestro, y no pueden defenderse aunque los castiguemos injustamente; ¿qué dirias tú, si la señora Cecilia, además de hacerte trabajar con exceso, te diera solo pan de maiz, y te hartase de golpes?

—¡Toma! ¡me iria de su casa!

—¿Y si no pudieras irte?

—Me enrabiaria con ella, y la aborreceria.

—Pues los animales no pueden irse: tienen que sufrir los malos tratos de sus amos, y sin embargo, no los aborrecen: al contrario, los quieren mucho, y jamás piensan en ofenderlos, ni aun en defenderse.

—¡Es verdad! dijo Marianillo: *cari-ancha* cuando le pego se vuelve á mirarme con unos ojos tan tristes! ¡y aunque le pego mucho, nunca me tira una coz!

—Eso prueba que es mejor que tú; tú la haces trabajar y la pegas, y ella te quiere: ella trabaja, y tú la maltratas.

—No le pegaré más, dijo el muchacho; que no tengo yo la poca vergüenza de ser más malo que una burra.

—Veremos, dijo Miguel: mi padre, que está cerca del campo á donde vas á arrancar lechugas, me dirá lo que haces, y si te empeñas en castigar á la burra sin razon, no te doy más la palabra de Dios: que á mí me gustan las gentes de razon, y no las peores que los animales.

El chico bajó la cabeza, mohino, y Miguel añadió:

—¿Dónde está Inés?

—En el soportal; ahora ha bajado: ¡está tan descolorida!

—Bueno: vete, que se hace tarde para el trabajo.

El muchacho y la burra echaron á andar hácia el campo, y Miguel entró en la alquería.

Dirigióse al soportal, y como habia dicho Marianillo, halló en él á Inés.

La jóven habia salido sin duda á regar las flores, pues era cuidado suyo desde la muerte de Benito: Inés era la providencia de todo ser desamparado, aunque este ser fuese una flor.

No obstante, conocíase que algun pensamiento triste la habia distraido durante su tarea: en un extremo del terrado, se veian dos regaderas, una llena y otra mediada de agua.

Inés se habia sentado, y apoyaba la frente en la palma de la mano derecha: sus largas trenzas negras, que aún no habia recogido, caian por su espalda, ondeando al rededor de su gracioso y redondo talle.

Al oir los pasos de Miguel, levantó la cabeza, como si su corazon le avisase quién era la persona que entraba: entonces su lindo y plácido rostro, que habia tomado hacia algun tiem-

po el color del nácar, se vistió de ese bello matiz rosado, tan delicado cuando es accidental y fugitivo.

Miguel se sentó al lado de la jóven, y tomó su mano, mientras ella temblaba de emocion.

—Inés, le dijo aquel, me voy á la ciudad para ser soldado, y enseguida marcharé lejos de aquí, porque he pedido que se me destine á uno de los regimientos que hay en Cataluña. Inés, sé que me quieres bien, y yo, que siempre te he querido como una hermana, desearía ahora poderte amar lo bastante para casarme contigo y quedarme á tu lado.

—¡Miguel! balbuceó la muchacha, consternada y confusa, porque no sabia mentir.

—Déjame acabar, Inés, prosiguió el molinero: tengo poco tiempo y muchas cosas que decirte, porque el soldado está rodeado de peligros donde quiera que se encuentre: aunque ahora no hay guerra, nunca faltan revoltosos y malhechores á quienes perseguir, y con quienes andar á tiros.

—¡Oh, Dios mio! ¡es verdad! exclamó Inés llorando á lágrima viva.

—Todo esto, Inés, continuó el jóven, no te lo digo para afligirte, ni por hacerme valer: te lo digo solo para que creas lo que voy á ofrecerte, y para que sepas que el soldado, al irse lejos de los que quiere bien, dice la verdad, lo

mismo que si estuviera en el artículo de la muerte.

—Ya sé que tú nunca has mentido, Miguel.

—Es que, aunque siempre hubiera sido embustero, ahora diria la verdad.

—Te creo.

—Tanto mejor: pero, como te iba diciendo, hemos recapacitado, mi padre y yo, y hemos venido á conocer que siempre me has querido: vaya, no te avergüences, Inés: el querer honradamente no es ningun delito: yo te lo agradezco en el alma, y esta es la primera vez en toda mi vida que desearia saber hablar mejor, para explicarte cuánto bien me hace al corazon la certeza de que me quieres.

—Entonces, Miguel, ¿por qué te vas á ser soldado? preguntó cándidamente Inés, mirando al molinero con más confianza.

—Me voy, porque necesito perder de vista por algun tiempo este valle, donde tantas buenas esperanzas alimenté: me voy, porque conozco que aún quiero á Margarita como el primer dia en que la ví, y porque, para olvidarla, es preciso que la pierda de vista tambien, del mismo modo que al valle.

—Pero, ¿y si te matan? Miguel, exclamó Inés, por cuyas mejillas volvieron á correr las lágrimas.

—Dios querrá que viva, Inés: tú rezarás á la

Vírgen por mí todas las noches y todas las mañanas: ¿no es verdad?

—¡Sí! contestó Inés con enternecimiento.

—Y me darás un escapulario de la Vírgen del Pilar.

—Aquí tengo el mio: tómale, dijo la jóven sacando, en efecto, de su cuello, un escapulario, y poniéndole en el de Miguel.

Este le besó devotamente: le ocultó entre los pliegues de su blanca camisa de lino, y continuó:

—Muchas gracias, Inés: tus oraciones y este escapulario me librarán de la muerte.

—¡Quiéralo Dios!

—Lo querrá: así lo espero: ahora escucha lo que voy á decirte.

He sentado plaza, solamente por cuatro años: si en este tiempo consigo olvidar á Margarita, como creo con la ayuda de Dios, le devolveré la rama de sándalo que me dió hará un mes en este mismo sitio, y estando tú presente, una noche, á la luz de la luna; ya sé que me la dió la misma noche que se casó con otro, y que por lo tanto, ni es una señal de cariño, ni de desposorio, porque me la dió, como quien dice, para burlarse de mí; pero no importa: como es la única cosa que tengo de ella, y como á pesar de todo, la quiero aún, no puedo resolverme á tirarla: ya lo hice, prosiguió Miguel con profunda conmocion, y volví á recogerla, porque

cualquiera diria que esta rama es un pedazo de mi corazon!

Miguel, al decir estas palabras, sacó de su pecho una bolsita de seda negra, la abrió, y tomó de ella la rama de sándalo, marchita ya del todo, y casi seca.

—Ya vés, continuó, mostrando á Inés aquel presente: ya vés que está envuelta en luto: así, pues, está mi corazon; pero el dia en que vuelva á alegrarse, el dia en que consiga separar de mis ojos la sombra de Margarita, devolveré esta rama á la viuda Duval, y te pediré otra cortada á la luz de la luna.

—¡Yo no tengo sándalo! murmuró tristemente la pobre huérfana: aunque fuí la primera hija que tuvieron mis padres, nadie se ha cuidado de señalar el dia de mi nacimiento.

—Mi padre te dará esta noche una maceta que yo he plantado para tí: corté una rama del jardin del molino, y la he abrigado con tierra de la mejor: pónla en tu ventana, y ella hará que te acuerdes de mí.

—Ya sabes que no necesito de eso para acordarme de tí, Miguel; ¡pero estoy tan contenta de tener un sándalo regalado por tí!...

—Si no señalaron el dia de tu nacimiento, yo he señalado el dia en que he sabido que me querias; ¡crezca tu amor hacia mí como esa planta!

Detúvose Miguel, contemplando á Inés, que

se enjugaba las lágrimas de gratitud que corrian por sus mejillas.

—Vamos, prosiguió él, no llores así: me ablandas el corazon, y ahora es cuando necesito tenerle más firme: aún me queda que encargarte otra cosa, Inés, para mí la más importante.

—Dí lo que quieras.

—Cuida de mi pobre padre, que se queda solo: todas las mañanas da una vueltecita por nuestra casa, y la Vírgen te lo pagará, pues ella quiere mucho á las jóvenes que cuidan de los viejos.

—No pases pena por tu padre.

—Ya, sé, Inés, que eres buena como una santa; él tambien lo sabe, y te estima: ahora, el último encargo.

—Habla.

—Si algun jóven del valle ó de la aldea te pide en matrimonio, avísamelo: el señor Cura te escribirá las cartas que quieras dirigirme, y te leerá las que yo te envíe: me lo ha ofrecido así.

—¡Me escribirás! exclamó la doncella, en cuyos ojos, y á través de las lágrimas, brilló un rayo de gozo:

—Ya lo verás; no me gusta ofrecer, sino obrar: solo quiero que me prometas cuatro cosas, de las cuales te he hablado ya.

—¿Cuáles?

—Que me enviarás una rama de sándalo, cortada de tu maceta á la luz de la luna, el dia en que Margarita reciba la que guardo aquí.

Y Miguel se golpeó en el corazon.

—Te lo prometo.

—Que cuidarás de mi padre y que rezarás por mí.

—Tambien te lo prometo.

—¡Ah, y otra cosa!

—¿Se te olvidaba? preguntó con tristeza Inés.

—Sí, respondió Miguel con firmeza: yo no sé mentir.

—Dila.

—Que responderás á mis cartas, y me dirás si tienes algun novio.

—Te lo prometo tambien.

—Bien está; creo en tí, porque eres buena: ahora quiero yo tambien prometerte alguna cosa.

—No, no, Miguel, dijo la jóven poniendo su redonda mano en la boca del molinero: no me ofrezcas tú nada, me cumplirás lo que quieras.

—Lo que pueda, Inés.

—Me basta, nada te exijo.

Miguel se levantó y atrajo hácia su pecho á Inés, que lloraba, pero sin amargura.

—Ahora te abrazo como á una hermana, dijo: Dios quiera que dentro de cuatro años, te abrace como á mi mujer.

—Así sea, respondió Inés.

—Adios, murmuró el jóven: no te olvides de tus promesas.

—No me olvidaré: la Vírgen te acompañe.

El molinero estrechó las manos de la doncella, y salió al patio: allí se encontró en los brazos de la anciana Cecilia.

—¡Adios, hijo mio! dijo esta; ¡sé feliz!

—Hasta la vista, madre Cecilia, repuso Miguel: dentro de cuatro años volveré.

—¿Quién sabe si viviré yo cuatro años? dijo la anciana: y luego añadió con una triste sonrisa:

—¡Hasta allá arriba! ¡no nos volveremos á ver aquí!

En aquel momento apareció en el umbral de la puerta de la alquería el padre de Miguel.

El anciano no habló una palabra: sus facciones contraidas pintaban un agudo dolor: iba á buscar á su hijo para acompañarle á la ciudad, en donde debian filiarle en uno de los regimientos que al dia siguiente salian para Cataluña.

Miguel rodeó con sus brazos el cuello de la anciana, estrechó de nuevo la mano de Inés, y salió al campo, seguido de su padre, de Cecilia y de su nieta.

Ya allí, volvió la cabeza á las ventanas de la alquería esperando columbrar á Margarita: nada vió, lanzó un profundo suspiro, y haciendo con la mano una última señal de despedida, echó á andar.

Sin embargo, Margarita le vió partir, apoyada en su ventana; escapóse un suspiro de su pecho y una lágrima de sus ojos, y murmuró con tristeza esta sola palabra:

—¡Adios!